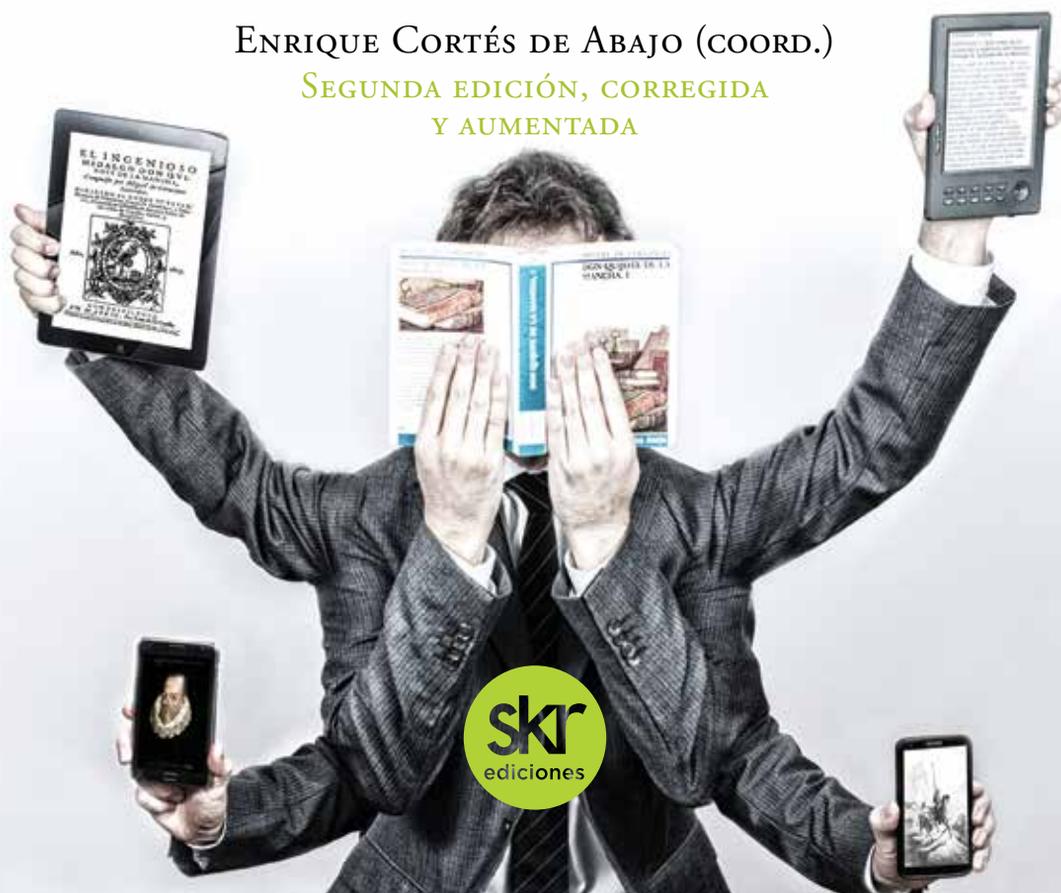


UNA MIRADA AL MUNDO

Un intento de ensayo global

— ◆ —
ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO (COORD.)

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA
Y AUMENTADA



skr
ediciones

Una MIRADA
al MUNDO



Diseño editorial: Karina Torres Vega
Ilustración de cubierta: *El gentleman de la triste figura*, © Félix Cantero Palacios
Foto interior: *Monumento en La Carlota*, Rafael Jiménez, 1989.

Primera edición en la Colección Miradas, 2017

© Reservados todos los derechos de esta edición para SKR S.L., 2017
Calle de la Reina, 27, 1D
28004 Madrid

Con el agradecimiento por su colaboración a la
Universidad Antonio de Nebrija



Impreso en España-*Printed in Spain*

ISBN: 978-84-946626-0-7

DEPÓSITO LEGAL: M-1190-2017

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

UNA MIRADA AL MUNDO

Un intento de ensayo global

— ♦ —

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA
Y AUMENTADA



LOS AUTORES: ÁLVAREZ RUBIO, BORJA • BARRANCO GARCÍA, ALBERTO • BLASCO MARTÍNEZ, ANDREA P. • BOLOQUI BASTARDÉS, MARÍA • CAMPOS GARCÍA, DULCE • CANTERO PALACIOS, FÉLIX • CERDÁN ORTIZ-QUINTANA, LUIS • COBO MOLINA, MARÍA SOCORRO • CORTÉS DE ABAJO, ENRIQUE (COORD.) • DÍEZ MANZANEDO, JUDIT • DOMINICI, LAURA • FERNÁNDEZ CABALLERO, JESÚS • GISTAU MUR, ANTONIO • GUTIÉRREZ SÁNCHEZ DE LEÓN, ÁNGELA • HERNÁNDEZ ALFARO, JUAN F. • JIMÉNEZ PUERTAS, JAVIER • JIMÉNEZ RAMOS, LOURDES • MARTÍN GÓMEZ, FERNANDO • MARTÍN REPOLLER, ROCÍO • NÁRDIZ PÉREZ, EVA • REMESAL ROYO, JANO • RODRÍGUEZ SALINAS, DANIELA • ROYO LECIÑENA, SANDRA • SOSA ERDOZAIN, CRISTINA • VALDÉS LORENZO, LUCÍA.



*A todos los que confiaron en nosotros
para servirles de guía en su camino y a los que aún confían.*

LOS AUTORES



“La humildad del maestro consiste en renunciar a demostrar que uno ya está arriba y en esforzarse por ayudar a subir a otros.

Su deber es estimular a que los demás hagan hallazgos,
no pavonearse de los que él ha realizado.

Pero sobre todo, el profesor tiene que fomentar las pasiones intelectuales, porque son lo contrario de la apatía esterilizadora que se refugia en la rutina y que es lo más opuesto que existe a la cultura. Y esas pasiones brotan de abajo, no caen desde el olimpo de los que ya creen saberlo todo”.

FERNANDO SAVATER, *El valor de educar*

ÍNDICE

11— PRESENTACIÓN

Los Autores



15— INTRODUCCIÓN

Una mirada al mundo

ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO



PARTE I

LA GEOPOLÍTICA DEL MUNDO. LOS ESCENARIOS DEL PODER

39— *El mundo árabe: entre la oscuridad y la modernidad*

ALBERTO BARRANCO GARCÍA

65— *América Latina: una cartografía de contrastes*

ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO

105— *La UE ante el abismo*

MARÍA BOLOQUI BASTARDÉS

129— *China: el gigante despierto*

ANTONIO GISTAU MUR

149— *África: la eterna olvidada*

SANDRA ROYO LECIÑENA

183— *De la Guerra Fría al multilateralismo: Rusia y Estados Unidos
en el tablero internacional*

FERNANDO MARTÍN GÓMEZ

209— *El nuevo escenario de distribución de poder en el mundo*

JANO REMESAL ROYO



PARTE II

LA SOCIEDAD Y EL INDIVIDUO ANTE LOS CAMBIOS
Y LAS TENDENCIAS MUNDIALES

- 241— *¿La gran ruptura?: La sociedad en crisis y la crisis en la sociedad*
CRISTINA SOSA ERDOZAIN Y MARÍA SOCORRO COBO MOLINA
- 293— *Las nuevas tendencias sociales: el individuo ante los cambios
del siglo XXI*
JAVIER JIMÉNEZ PUERTAS
- 321— *Los movimientos sociales actuales y su impacto en la democracia*
EVA NÁRDIZ PÉREZ
- 341— *La vuelta al mundo en ochenta mundos: muchedumbres,
viajeros y turistas en pos del museo de la parodia democrática
(o la democracia nómada)*
ANDREA P. BLASCO MARTÍNEZ
- 385— *El ciudadano y el poder: tres reflexiones para mejorar la toma
de decisiones en las sociedades del siglo XXI*
JUAN F. HERNÁNDEZ ALFARO
- 405— *Ante un nuevo paradigma relacional: la sociedad de la
información y sus implicaciones*
FÉLIX CANTERO PALACIOS
- 445— *La cuarta revolución industrial: ¿cómo remodela el mundo?*
BORJA ÁLVAREZ RUBIO
- 463— *La óptica cultural del cambio en el siglo XXI*
DANIELA RODRÍGUEZ SALINAS



PARTE III

LOS BIENES Y POLÍTICAS PÚBLICAS MUNDIALES. LOS
FUNDAMENTOS DE UNA SOCIEDAD GLOBAL MÁS JUSTA Y LIBRE

- 493— *Igualdad y cohesión social en las sociedades contemporáneas*
LUCÍA VALDÉS LORENZO
- 515— *La nueva agenda global del Desarrollo Sostenible*
DULCE CAMPOS GARCÍA
- 541— *El sentido de la educación en el siglo XXI*
LUIS Cerdán ORTIZ-QUINTANA
- 559— *El rumbo del Estado de Bienestar*
JUAN F. HERNÁNDEZ ALFARO
- 583— *La paradoja migratoria: realidad permanente en constante
movimiento*
JESÚS FERNÁNDEZ CABALLERO
- 609— *Los refugiados: la búsqueda de los derechos*
LUIS Cerdán ORTIZ-QUINTANA
- 637— *Luces y sombras de los Derechos Humanos*
JUDIT DÍEZ MANZANEDO Y ROCÍO MARTÍN REPOLLER
- 675— *El terrorismo islamista y la seguridad internacional*
LOURDES JIMÉNEZ RAMOS
- 701— *Derecho y globalización*
LAURA DOMINICI
- 721— *Las Administraciones Públicas y su papel ante los retos del siglo XXI*
ÁNGELA GUTIÉRREZ SÁNCHEZ DE LEÓN

PRESENTACIÓN

Es probable que cada generación haya sentido los hechos históricos que le ha tocado vivir como únicos. Sin embargo, es muy probable también que la nuestra, la que ha crecido y se ha formado en el tránsito del siglo xx al siglo xxi, sea a la que le haya tocado vivir —y a veces padecer— una aceleración mayor de los procesos de transformación de carácter tanto político, como social y económico. La fugacidad de las innovaciones tecnológicas, la profundidad de los cambios políticos y la variabilidad del panorama socioeconómico hacen que nos sintamos como si estuviésemos sobre una falla tectónica en constante movimiento.

No es de extrañar que en este contexto a muchos analistas les guste denominar a este tiempo como la *era de la incertidumbre*. La caída del Muro de Berlín no sólo acabó abrupta y prematuramente con el siglo xx sino que dejó caer a plomo las pocas certezas —reales o impostadas— que servían para explicar la realidad. A partir de entonces entramos en una zona de cambios profundos en el ámbito político y económico; Castells predijo que ese momento suponía la puerta de entrada al siglo xxi, una vez que uno de los polos ideológicos —el comunismo— sucumbía y dejaba paso a un periodo de hegemonía *total* del otro —el que sostenía como principio político la democracia y como principio económico el libre mercado. Sin embargo, la explicación simplista del *fin de la historia* quedaría en evidencia ante la irrupción de nuevos hechos que demostraban, y demuestran hoy, la complejidad del mundo en el que vivimos. Los procesos de reequilibrio geopolítico internacional, el *aplanamiento* del mundo merced a las nuevas tecnologías de la información, el surgimiento de movimientos sociales de alcance global, la geometría variable de los Derechos Humanos, el terrorismo internacional o la grave crisis económica no son más que unos entre tantos fenómenos que explican —y dificultan a la vez— la comprensión global del mundo en que vivimos.

En este contexto, ante una realidad tan apasionante y unas transformaciones tan asombrosas, parece difícil sustraerse a la atractiva tarea de asomarse sobre algunos de estos fenómenos, con la intención observarlos y comprenderlos un poco mejor, y *ensayar* sobre ellos.

“El ensayo es la opción del escritor que aborda un tema cuyo tamaño y complejidad sabe de antemano que le desbordan. El ensayista no es un invasor prepotente, ni mucho menos un conquistador de la cuestión tratada, sino todo lo más un explorador audaz, quizá solo un espía, en el peor de los casos un simple fisgón”. Esta cita, extraída del libro *El arte de ensayar*, de Fernando Savater (Galaxia Gutenberg, 2008) recoge de manera particularmente acertada la vocación con la que nace este libro.

No es nuestra intención semejar al tratadista que analiza una realidad con los instrumentos con los que un investigador se enfrenta a la ciencia, buscando así diseccionar de manera objetiva y analítica un hecho o una circunstancia.

Muy al contrario, lo que hemos pretendido es acercarnos a la realidad que nos rodea con un criterio personal y crítico. En cierto sentido, el ensayo pretende acercarse a la realidad desde la trinchera del autor, desde sus adherencias personales y sus motivaciones intelectuales, sabiendo de antemano que la tarea es *imposible*, que la actividad se encuentra abocada irremediablemente a sentirse incompleta.

Cada uno de los autores del volumen que el lector tiene en sus manos se ha encontrado movido por una inquietud intelectual derivada de sus propias experiencias personales o profesionales. Y su esfuerzo, baldío o no —eso no nos corresponde a nosotros decidirlo— no pretende suplantar el conocimiento de las materias abordadas, que muy oportunamente está tratado por otros académicos y profesionales de las realidades a las que nos hemos asomado, sino mostrar otra mirada al mundo que nos rodea, *nuestra mirada*.

En una época en la que se repite como un mantra la anomalía del funcionamiento de *lo público*, cuando el descrédito de todo aquello que sirve al interés general se encuentra sometido a un fuego cruzado de críticas, queremos, en cierto modo, reivindicar su valor. La circunstancia de que todos los autores pertenezcan al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado es, sin embargo, meramente accidental.

Los artículos que forman parte de este intento de ensayo conjunto bien pudieran nacer de la curiosidad de cualquier otra circunstancia personal. La pasión por saber más, por conocer más y por inquietarse críticamente no es propiedad de ninguna profesión ni oficio sino una circunstancia azarosa

de la personalidad. Cada uno hemos seguido el camino trazado por esa circunstancia azarosa para acercarnos tentativamente y sin mayores pretensiones a las cuestiones que han encendido nuestro interés. En resumen, no hemos hecho más que levantar la vista para mirar con detenimiento a lo que nos rodea, abstrayéndonos de la fuerza arrolladora de la cotidianeidad.

Otra circunstancia añadida a nuestras inquietudes surge de una vocación: la de enseñar. Como formadores de futuros responsables públicos creemos en la necesidad de suscitar y mantener el deseo de seguir aprendiendo. En el ámbito público, a veces se confunden los objetivos con los fines, y una vez alcanzada la meta de asumir una función, se pierde la perspectiva de su fundamento. Sin idealismo, lo público se convierte en una forma rutinaria de contabilidad social, de administración de personas y cosas. Ese es probablemente uno de los males que aquejan hoy a lo público: la pérdida del sentido de *su* función. Y no existe manera cabal de servir desde dentro si no se conoce —o se pretende, al menos, conocer— lo que hay fuera.

Hemos tratado de abarcar muchos ámbitos de la realidad, ampliando profundamente el objeto de ensayo que se presentó en la primera edición. En esta segunda edición se han actualizado y revisado concienzudamente los ensayos y se han completado con otros tantos que nos permiten, ahora sí, una acercamiento más sistemático, amplio y profundo de la realidad global.

Sabemos, sin embargo, que una de las circunstancias del ensayo es precisamente la de la imposibilidad de agotar, como antes decíamos, la realidad huidiza a la que se enfrenta. La realidad que nos rodea es, sencillamente, inabarcable. Al igual que hicimos en la primera edición, hemos cumplido con uno los principios del ensayo y, desde ya, nos comprometemos a ensanchar la mirada hacia otros confines en futuras ediciones.

Montaigne, que fue precisamente el inventor de este género, advertía a los lectores de sus *Ensayos* de la siguiente forma: “Este es un libro de buena fe, lector. Desde el comienzo te advertirá que con él no persigo ningún fin trascendental, sino sólo privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan al logro de tal designio”. En realidad, el francés fue un poco tramposo porque llevó al género a las más altas cotas de perfección, y trabajó puliendo y revisando sus *Ensayos* casi hasta su muerte. Más nos valdría no pretender su hazaña, ni mantener el compromiso hasta tan postrer momento; nos quedamos con su advertencia al lector y nuestra promesa de seguir intentándolo. ♦

LOS AUTORES

INTRODUCCIÓN

Una mirada al mundo

ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO

ADMINISTRADOR CIVIL DEL ESTADO

Cliente (Marqués, visiblemente molesto): “O sea, que el Señor necesitó 6 días para crear el mundo y resulta que usted ha necesitado dos semanas para hacer un traje”.

Sastre (irónico): “Así es señor Marqués, pero eche una ojeada al mundo y luego contemple el traje”.

Los primeros viajeros del Viejo Mundo se frotaban los ojos al ver pasar entre una bandada de cisnes a uno negro; pensaban que era un efecto óptico, porque los cisnes negros no existen... pero lo cierto es que existen. En *El Cisne Negro*, el analista Nassim N. Taleb hace acopio de la cantidad de ocasiones en que un hecho no predecible, no esperable y difícilmente explicable ha cambiado el rumbo de los acontecimientos y se ha presentado de manera abrupta, causando un gran impacto y modificando la realidad.

Los seres humanos tratamos de gobernar nuestra vida de un modo racional, obstinándonos en calcular al milímetro los acontecimientos que vendrán y anticiparnos a sus efectos con un riguroso análisis del pasado, sin darnos cuenta de que en la vida domina la irrupción constante de lo inesperado. ¿No estaremos viendo pasar un cisne negro? Lo único cierto es que en los últimos tiempos están ocurriendo cosas que parecen estar moviendo las bases sobre las que nos comenzábamos a sentir seguros y nos permiten atisbar cambios futuros tan inquietantes como impredecibles.

Quién podía esperar que la irrupción inesperada de la crisis económica alborotase la pacífica hegemonía del modelo capitalista; quién podía

intuir que las fronteras físicas volverían a erigirse como bastiones del Nuevo Orden Internacional, triturando las aspiraciones totalizadoras de lo global/digital; quién podría predecir que en la marcha europea, construida sobre los rescoldos de la sinrazón de los fanatismos y los nacionalismos, volvieran a emerger los fantasmas excluyentes; quién podría entender que en el país cuna de la Ilustración y de la democracia liberal contase una opción radical con un respaldo popular creciente; quién podría anticipar que la situación de los partidos institucionalizados se viese seriamente amenazada en las elecciones por alternativas sociales de naturaleza espontánea; quién podría concebir que en la época con más relaciones, contactos, redes y *communities* de la historia de la humanidad la principal patología de la sociedad fuese, precisamente, la soledad; quién podría creer que en el país más poderoso del planeta podía ganar las elecciones un magnate con un discurso agresivo y provocador, cargado de ira y resentimiento, teniendo en contra todas las encuestas, los medios de comunicación y hasta a su propio partido; quién sería capaz de comprender que el ser humano iba a comportarse tan irresponsablemente con su entorno —tierra, aire y océanos— poniendo en peligro el equilibrio natural del planeta; quién puede entender que en el momento de la historia donde se produce más, la riqueza es mayor y las posibilidades de extensión del conocimiento son más democráticas, el mal incrustado en las columna vertebral de nuestras sociedades sea, precisamente, la desigualdad.

El mundo es un globo que se nos escapa de las manos.

El fin de las certidumbres

Hay dos aspectos que marcan la enorme complejidad del mundo al que debemos ir acostumbrándonos si no queremos vivir en un bucle de asombro permanente: la velocidad y el sentido de los cambios. La aceleración de los patrones de esos cambios afecta a todos los ámbitos de las sociedades contemporáneas: política, economía y cultura. Ahora bien, si el impacto de las denominadas, un tanto ampulosamente, *nuevas tecnologías*, es el catalizador de la aceleración del cambio, lo realmente alarmante es que cada vez es más difícil anticiparse al sentido del mismo.

La caída a plomo de las certidumbres ha dado paso a un escenario de acontecimientos impredecibles que ha hecho trizas el modelo de reconocimiento lineal de los hechos y ha planteado abruptas modificaciones

en el relato del tiempo que nos ha tocado vivir. Y aunque la capacidad de anticipación es cada vez menor, sin embargo, y paradójicamente, la necesidad de adaptación es cada vez mayor y más urgente.

La *sociedad del riesgo* de Ulrich Beck, la *modernidad líquida* de Bauman, la *era de la resiliencia* de Sachs, el *fin del poder* de Naím, el *siglo de la desigualdad* de Stiglitz o la *sociedad de la decepción* de Lipovetsky, entre otros, son intentos de aproximarse a un mundo que, con el bombeo de su sístole y diástole, nos tiene a todos desorientados y en busca de sentido. La realidad de la narrativa contemporánea nos devuelve la nostalgia del orden y la seguridad de antaño —real o imaginada— mientras que ha convertido la sorpresa en algo cotidiano y nos obliga a gestionar lo excepcional como algo natural.

El término *disruptivo*, acuñado a mediados de los noventa por Clayton M. Christensen, que apareció inicialmente asociado a las nuevas tecnologías, se ha extendido a todos los campos conformando una epidemia de movimientos que derrota por anticipado cualquier intento de comprensión y nos aboca, tan sólo, al momento de su explicación posterior. La política y las ideas *disruptivas*, la economía *disruptiva*, la educación *disruptiva*, el arte *disruptivo*, etcétera. Hoy todo lo que quiere presentarse como iconoclasta de los nuevos tiempos debe ser *disruptivo*; es decir, ir más allá de la mera innovación y presentar las cosas no de manera más avanzada a como se hacía antes, sino de forma radicalmente distinta y rupturista.

Siguiendo al añorado Umberto Eco, en todos los cambios de paradigma hay *apocalípticos e integrados*. Los análisis del mundo nos ofrecen posturas optimistas que ven en las posibilidades del progreso tecnológico y del conocimiento una puerta de entrada a una nueva era de democratización del saber, de extensión de los beneficios de los descubrimientos y de mejora de las prácticas de gobernanza mundial; y otros que, en cambio, dibujan un futuro tan sombrío que ahondan en la sensación de que las termitas están acabando con las vigas maestras de la civilización.

The answer, my friend, is blowing in the wind, hoy más que nunca.

Dejando atrás el siglo xx

Hace casi 100 años del fin de la Primera Guerra Mundial y poco más de 25 de la caída del Muro de Berlín —la experiencia más atroz y devastadora

de la historia de la humanidad y el soplo de esperanza más fresco, respectivamente— que marcaron el inicio y el final de lo que Hobsbawm denominó el “siglo más corto” de la Historia.

Así se puso anticipadamente fin al siglo xx y con él se soñó —hoy sabemos que inocente y prematuramente— con desterrar definitivamente la venganza como arma política en el tablero de juego a dos bandas que la Guerra Fría impuso como geografía obligatoria. Se creyó franquear el paso, entonces, a una nueva realidad que permitiese buscar en los terrenos fracturados por el odio los espacios donde hacer germinar la semilla de la reconciliación y la humanidad.

Aquello fue una visión demasiado optimista cargada de inocencia. Con un pequeño paseo por las secciones de internacional de los diarios, en realidad, uno realmente se pregunta si no ha retrocedido en el tiempo. Al igual que ocurrió a principios del siglo xx, el siglo xxi comienza a mostrarnos evidencias de concatenaciones de errores mayúsculos de apreciación política, movilizaciones sociales alteradas y adulteradas, esquemas económicos fragmentarios y disgregadores, la sustitución de los consensos por los conflictos y, finalmente, una ceguera inexplicable de todos sobre las consecuencias de unos actos colectivos e individuales que comienzan a poner en peligro las posibilidades de progreso a nivel mundial. El siglo xxi, que se inició como paradigma de la posmodernidad, sigue demostrándonos, en forma de ciclo histórico, la tozudez humana de tropezarse con la misma piedra.

Si existen dos palabras recurrentes en la actualidad esas son *globalización* y *gobernanza*. La primera hace alusión al proceso de interacción de los cambios en las diferentes áreas de la sociedad y la economía y al intenso proceso de interpenetración de los flujos de personas, conocimientos, bienes y capitales. La segunda pretende ofrecer el marco que intenta ordenar esos flujos y racionalizarlos para acabar generando una correcta orientación de los resultados hacia el crecimiento económico, la estabilidad política y la igualdad social.

La globalización inunda nuestra realidad y se retroalimenta en un proceso de actualización continuo. Sin embargo, el marco que la pretende gobernar —la gobernanza— permanece anclado en el siglo pasado, con un diseño institucional procedente del mundo bipolar, apenas actualizado con los diferentes juegos de poder. Como dice Innearity, “estamos viviendo un momento de profundas mutaciones en la historia de la humanidad, en el que ciertas formas de organización de la vida en común

se nos están volviendo inutilizables a mayor velocidad que nuestra capacidad para crear otras que las sustituyan”.

La globalización parecía imponerse como una especie de relajante muscular del poder, edulcorando su fuerza y deformando sus límites. El poder no se ha evaporado, pero hoy es menos identificable, menos estable y más difuso. El diseño institucional del mundo con sus organizaciones internacionales y el Estado como agente principal tampoco ha desaparecido, pero hoy se asemeja más bien a la balastrada de un palacio vacío gobernado por la volatilidad.

Quien quiera encajar las piezas del puzle de la gobernanza del mundo en nuestros días debe acudir a muchos otros actores y agentes. Las empresas multinacionales, las ONG's, los movimientos transnacionales, los medios de comunicación, los líderes mediáticos, las entidades religiosas, las asociaciones de intereses de todo perfil, los blogueros, las entidades infranacionales o regionales y todo tipo de federaciones completan una constelación variopinta de protagonistas actuando en diferentes pistas de un circo en sesión continua.

La tan mentada crisis del Estado no tiene nada que ver con su presunta desaparición —por mucho que algunos la augurasen— sino con el desplazamiento de su papel a una posición secundaria y complementaria de muchos otros agentes que reclaman protagonismo sobre el escenario global. Formas políticas del siglo xx para ciudadanos del siglo xxi. De una forma u otra eso es lo que dice Dani Rodrick cuando contrapone a los gobiernos nacionales con los ciudadanos globales, atribuyendo menos capacidad a los primeros y más versatilidad a los segundos.

En realidad, la dificultad de establecer un dibujo claro del poder no tiene por qué ser malo del todo: sólo explica que cada vez hay una mayor distribución del poder. En fin, que los poderosos ya no lo son tanto, como apunta Moisés Naím, aunque todos quieran parecer más poderosos de lo que realmente son.

A modo de Phileas Fogg: una vuelta al mundo en 80 sustos

Empezamos por el Nuevo Mundo, por América Latina, esa tierra con forma de daga que se hunde subterráneamente hacia el continente blanco y que recorre desde Tierra de Fuego hasta El Paso. Una región que ha hecho de la magia su símbolo literario, de la inestabilidad su destino político y de la desigualdad su verdadero quebranto social. América Latina

es una tierra de contrastes que ha trazado un camino sinuoso para construir su historia.

El despertar y consolidación de las democracias parece poner fin —con excepciones— a las pesadillas de las dictaduras y caudillismos que marcaron su destino en el siglo xx. Y si bien la fragilidad institucional y la corrupción siguen siendo males endémicos, parece que la apuesta por la profundización democrática es ya irrevocable. Desde el punto de vista económico el escenario es menos claro: tras el fin del *superciclo* de las *commodities* que supuso un bombeo de flujos financieros en época de crisis mundial, el continente se enfrenta a un proceso de redefinición profunda de sus modelos económicos. Con el fracaso de los modelos autárquicos, la mayoría de los países de la región ha comenzado reformas encaminadas a una paulatina reorientación de sus inversiones en formación de capital a largo plazo, y hacia sistemas abiertos basados en la innovación y el conocimiento, más que en la riqueza de la tierra. Los resultados son variables, como el carácter mismo de la región, y como lo es también en términos sociales, donde se han hecho progresos importantes en reducción de la pobreza y ampliación de las clases medias. Sin embargo, América Latina sigue siendo la zona del planeta donde con mayor intensidad se alargan las sombras de las patologías más cancerígenas de la sociedad contemporánea: la desigualdad y la inseguridad. Éstas, en Centroamérica especialmente, alcanzan grados paroxísticos.

Mientras, más arriba de El Paso, el vecino del Norte ha sacado al mundo entero de su zona de confort y nos ha obligado a ponernos el abrigo ante el temporal de incertidumbre que se avecina. Si la llegada de Obama a la Casa Blanca supuso un soplo de esperanza al mundo —con sus luces y sombras posteriores— la llegada de Donald Trump ha supuesto un cimbronazo en la misma columna vertebral del orden internacional. Los pasos —todavía tibios— de EE.UU. para alinearse con el mundo en torno al cambio climático, su trabajo contemporalizador con Irán, su nuevo posicionamiento ante Cuba, la relación trasatlántica, sus acuerdos comerciales y la búsqueda de su nuevo papel en el mundo se han impregnado de incertidumbre. La política diplomática basada en el *soft power* y en la búsqueda de consensos va a ser profundamente revisada por una Administración con un concepto mucho más utilitarista y ensimismado de la política exterior.

Y el otro gran polo de poder del siglo xx, Rusia, parece que ha superado definitivamente eso que Emanuel Todd denominó la *depresión*

poscomunista, para describir el vacío dejado por el comunismo en aquellos lugares donde éste constituyó una creencia colectiva estructurante. Y tras ello ha sacado músculo en el concierto internacional —sin poder evitar que se vean sus pies de barro— demostrando su obstinación en mantener bajo su égida a países utilizando técnicas coercitivas que se creían olvidadas. Así, el caso de Ucrania —país bisagra en el orden geopolítico europeo— y la anexión de la península de Crimea pusieron de manifiesto la validez de las teorías de las zonas de influencia por encima de consideraciones éticas. En este sentido, Rusia está haciendo tambalearse un cierto nivel de equilibrio en el continente europeo desatendiendo los acuerdos de Helsinki (1971) respecto a la integridad territorial de los Estados. Las implicaciones de aquella acción, lejos de ser inocuas, ofrecen interpretaciones para todos los gustos: dinamita para los acuerdos básicos de convivencia y del derecho internacional, reordenación del mapa energético europeo e internacional, recuperación del espíritu nacionalista de la Gran Rusia, inestabilidad en el mapa de la contención de la seguridad internacional, una demostración más del declinar del poder hegemónico norteamericano, etcétera.

En fin, que para entender este nuevo *revival* de la Guerra Fría y el mundo que viene, con sus nuevos intereses estratégicos como mar de fondo, vamos a tener que desempolvar los clásicos de John Le Carré.

Si giramos el mapa hacia Asia, nos encontramos con la exuberancia y creciente importancia de China como eje de referencia global y actor estratégico principal en el panorama internacional. Hace poco que China superó a EE.UU. como líder del comercio mundial y va lanzada a pasos agigantados hacia una posición de *reequilibrio* de las esferas de poder y de influencia. Y aunque se trate de un gigante con muchas debilidades hoy, ni el gobierno mundial, ni el diseño económico del mundo, ni los riesgos climáticos del planeta, pueden entenderse ni gestionarse sin el papel de China. Estamos sintiendo un movimiento del eje del tablero del mundo proporcional a las increíbles dimensiones de ese gigantesco proyecto, que se sostiene sobre una endeble esquizofrenia entre la libertad económica capitalista y un sistema férreo de control de las disonancias políticas. En fin, sobre China se habla mucho: sobre el agotamiento de su modelo, sobre su *japonización* económica, sobre su supuesta transición de un modelo manufacturero a uno de innovación y servicios y, sobre todo, sobre sus efectos sobre la desaceleración económica mundial.

Pero es que además, China debe salvaguardar la estabilidad de una zona del planeta donde un país, Corea del Norte, gobernado por el malgeniado Kim Jong Un, amenaza de tanto en tanto con prepararse para una confrontación nuclear, incrementando la tensión sobre el paralelo 38 y rescatando sensaciones inquietantes desde una zona inestable y radicalizada. De ahí que muchos comiencen a hablar de la necesaria cogestión de los asuntos de seguridad del globo por parte de los dos liderazgos condenados a entenderse, el de EE.UU. y el de China, y ven esa zona como un lugar privilegiado de ensayo para medir la capacidad conjunta de esos dos colosos en el manejo de los asuntos globales.

Y de ahí navegamos por el Mediterráneo, ese espacio de unión y de conflictos, de capitanes intrépidos y de piratas, de libertad y de sometimiento, donde las primaveras árabes han dado paso al invierno de la yihad y que al mismo tiempo nos fuerza a ser testigos de las mayores catástrofes humanas ante los ojos avergonzados de media Europa que, a su pesar, ve teñir de rojo y de dolor sus costas y fronteras. No es extraño que alguno hable de la *venganza* del Mediterráneo.

En su momento, pareció que con la elección en Irán de un moderado se dotaba de cierto aliento a los aires de apertura que soplaban, y que las denominadas primaveras árabes podrían finalmente hacer germinar el fruto de unas democracias que un día floreciesen... sonaba demasiado bien. Y de repente ¡zas! salieron a la palestra las crisis de Egipto y Siria y pusieron sobre el tapete, como señala Sami Naïr, el debate secular sobre la dificultad del mundo árabe para salir del círculo vicioso entre dictadura militar y dictadura clerical y sobre la tensión entre democracia e Islam que algunos atribuyen, sencillamente, al autoritarismo y a la falta de libertades.

Se acaban de cumplir seis años desde que Mohamed Bouazizi se quemara a lo bonzo en Sidi Bouzid, Túnez, iniciando un proceso imparable de protestas y revueltas que se conoció como la primavera árabe. Hoy sabemos que, salvo en Túnez, donde la revolución ha dejado algo de esperanza y prosperidad, en el resto de países sus *primaveras* no son más que una resonancia nostálgica de otra posibilidad perdida que ha dejado de resaca un verdadero rompecabezas de fanatismos, conflictos, radicalismos religiosos y pobreza.

En el comienzo de estas protestas todos nos alegrábamos de la frescura que dejaban la rebeldía popular y el levantamiento ante la opresión. Sin embargo, a esa semblanza que parecía el despertar democrático se le ha puesto cara de Estado Islámico y se nos ha congelado el gesto. Nos

hemos dado cuenta de que la cirugía abrasiva de urgencia no cura ni sana las enfermedades largas. Las oleadas de refugiados, el recrudecimiento de los conflictos internos y los atentados de París, Niza o Berlín —entre otros— son síntomas dolorosos de que algo no se ha hecho bien y de que las consecuencias no han hecho más que empezar a sentirse.

Al margen de determinismos, lo que parece claro es que existe una clara dificultad para ahormar el modelo político occidental a marcos institucionales con valores y culturas bien distintas. Las conclusiones a extraer del renacer del radicalismo islámico son varias: que el proyecto de ingeniería política e institucional que comenzó con la Guerra de Irak se ha demostrado ineficaz al no contar con fundamentos culturales y sociales sólidos; que la contienda dejó diezmada la legitimidad internacional y sus posibilidades de actuar; que las últimas acciones terroristas han sido perpetradas por yihadistas criados y alimentados en el seno de la sociedad occidental, lo que marca una falla en la formación de valores y en la pedagogía democrática de un sistema supuestamente superior; y que, nos guste o no, el choque de concepciones del mundo procedentes de diferentes contextos religiosos o culturales sigue siendo un elemento definidor de una buena parte de los conflictos actuales.

La franja de los países árabes sigue viendo cómo sus sueños se han convertido en una pesadilla de violencia y desolación con el conflicto sirio como máximo exponente de la inoperatividad de la —en otro momento— celebrada doctrina de la “responsabilidad de proteger”, que nació como gran bastión moral en el ámbito internacional pero sin fuerza para imponerse; un conflicto que ha dejado en cinco años casi trescientos mil muertos y cinco millones de refugiados vagando en las conciencias adormecidas del mundo entero. “Cuántos hombres deben morir para que nos parezcan demasiados”, cantaba Bob Dylan.

Por su parte, y sin salirnos de la región, en cierto modo gracias a la diplomacia *de la palabra* de Obama —ya veremos qué pasa con Trump— el inveterado foco de tensión histórico que era Irán ahora parece ser una reconvención de posibilismo estratégico en la región, pasando el testigo maligno a Arabia Saudí.

Mientras, para no faltar a la costumbre, los liderazgos monoteístas extremos siguen jugando su partida en el conflicto israelí, y generando dolor. La cuestión en Oriente Próximo se parece mucho a las trampas de las películas de Indiana Jones, que unas llevan a otras y forman una suerte de polvorín encadenado en constante equilibrio inestable. Y como

si esta región no tuviese ya suficientes problemas, ahora el Califato, con sus formas de organización modernas y su forma de pensar pétrea y retrógrada, extiende el terror por la región y amenaza con consolidarse también por el África Subsahariana.

África, el África negra, mantiene mientras tanto su estatus de continente olvidado de la modernidad y el progreso. El continente de la negritud, con una geografía natural próxima al paraíso y un diseño político cincelado a golpe de martillazos, trata hoy en día de cerrar las grandes heridas de su historia: el enfrentamiento tribal y religioso, la erradicación del hambre, la extrema pobreza, el acceso a la educación, la profilaxis ante el SIDA y otras epidemias. Es decir, África está en una etapa que el denominado mundo desarrollado abandonó hace mucho tiempo y trata, a solas, de consolidar sus frágiles esquemas de desarrollo institucional e impulsar su progreso social y político.

Y con las suelas de las botas desgastadas de nuestra vuelta por el globo llegamos ahora a Europa, la cuna de la Ilustración, el origen de la civilización moderna, que se encuentra hoy anestesiada por los efectos de una crisis que comenzó económica y que ha acabado siendo política y de valores. Decía Albert Camus: “Desde África, donde yo nací, se ve mejor el rostro de Europa. Y uno sabe que no es hermoso”. Uno está tentado de desmentir al premio Nobel, pero lo cierto es que Europa está tocando últimamente una sinfonía profundamente desafinada. Las heridas dejadas por la crisis generaron un clima de descontento que ha tenido como apéndice de la desafección el referéndum del Brexit pero, además, y probablemente lo más preocupante, una debilidad interna del modelo democrático agitado desde su propio seno por las ideas y tendencias nacionalistas y populistas. Todorov, en *Los enemigos íntimos de la democracia*, advierte del peligro de ese repliegue a lo nacional y lo propio basado en una retórica emocional y reclama la urgente necesidad de afrontarlo con argumentos sólidos y contundentes. El mejor: que la Unión Europea es el proyecto político que más paz y progreso ha creado en la Tierra en los últimos cien años.

Es cierto que existe una cierta nostalgia de aquellos liderazgos históricos, éticos y políticos que sirvieron para la construcción europea, pero también lo es que el sueño de la razón produce monstruos y que Europa está condenada a encontrar sus virtudes en el mismo seno de sus fracasos. La propia idea de una Europa unida tiene su embrión originario —conviene no olvidarlo— en el corazón mismo de las tinieblas, y el

continente debe hacer un esfuerzo para recuperar el vigor de los principios que vertebraron el proceso de su construcción sobre las ruinas vaporosas de la Segunda Guerra Mundial. Y para volver a los principios de la Ilustración europea sus esfuerzos deberían dirigirse a varios objetivos: el ensanchamiento de las vías de participación política y el fortalecimiento de las señas de identificación de los ciudadanos con el proyecto europeo; en lo económico, una mayor responsabilidad y equidad en la gestión de los resultados de la crisis económica; y una apuesta decidida por posicionarse en el mundo no sólo como imaginario ideal, sino como un actor pragmático y vital en la configuración de un orden mundial más justo, razonable y sostenible.

La geografía nos demuestra en sus cuatro puntos cardinales que el sentido de la normalidad es cada vez más endeble en las diferentes áreas del planeta. Este ensayo colectivo recoge, además, múltiples tendencias que hacen aún más complicada la madeja que sirve para tejer la red global. De entre ellas destacaremos, para finalizar —o comenzar— aquellas que, en cierta medida, conforman el azul del puzle: la creciente desorientación política y el malestar en la democracia, el impacto tecnológico y el consiguiente cambio de paradigma y la desigualdad como patrón social.

El malestar en la democracia

“Después de votar nadie quiere ser esclavo”, sentenciaba Rosseau. Nadie como el ginebrino ha sido capaz de sintetizar en una fórmula todo el ímpetu liberador que ha supuesto para el ciudadano la conquista del derecho al voto. Ese gesto de poder adherirse, apoyar, refrendar o validar un programa o idea política encierra en sí mismo toda la carga emocional de siglos de lucha por la emancipación del individuo y su apuesta política.

Por eso, lo que se ha denominado como el malestar en la democracia no es, como algunos piensan, un rechazo a la política sino todo lo contrario: un reclamo nítido de más política. Sí, pero de la buena. De la que sirve para transformar y generar marcos de confianza a medio y largo plazo y de la que reviste de cierta magia la representación política. De la que no usa el poder como factor de dominación sino como potencia de reforma. De la que pone en el centro lo que debería ser el fin de la política —y de los políticos—: su capacidad para generar cambios cívicos y reformas sostenibles. Y no de la que se encierra en la Hybris del

poder y sus derivaciones, la desmesura y la corrupción, sino en la vocación de servicio y el compromiso.

La crisis económica ha barrido de un plumazo la confianza heredada del pasado y ha impuesto una nueva exigencia: recuperar el vínculo democrático sobre los ejes de la lealtad y la transparencia. Lo que hoy se conoce como desafección democrática no es más que el desencanto y la pérdida de atractivo de la fórmula democrática ante el exceso y abuso de la confianza, así como la traición a ciertos principios que la habían inspirado.

La democracia está sufriendo hoy una doble crisis: de *expansión* y de *profundización*. De expansión porque los presagios que auguraban la extensión de la democracia liberal en todo el mundo como una fórmula mágica, con Fukuyama a la cabeza, se han dado de bruces con la realidad de contextos religiosos, culturales y sociales donde esta fórmula política sencillamente no encaja. Y de profundización porque, en el mundo de la *pospolítica*, la crisis de los partidos políticos y de la representación está generando una desafección al modelo que amenaza con ser endémica.

Pero es que, además, la democracia está padeciendo una crisis de su sentido reflexivo y deliberativo frente al que surge ahora un mundo cargado de emociones. La democracia está dejando de ser racional para convertirse en emocional. Eso que Manuel Arias denomina la *democracia sentimental* tiene como síntomas el rescate del destino colectivo como eje de su discurso, las emociones como argumentos y la moralidad como estandarte.

Y esa vuelta al romanticismo en la política, como emoción rupturista, como pulsión regeneradora, está arrollando al sentido clásico de la razón comunitaria y dejando paso a una narrativa populista que está sacando provecho del desconcierto de un mundo en cambio y está consiguiendo imponer su agenda en casi todas las partes del mundo.

En Europa, por ejemplo, se está produciendo un resurgimiento de movimientos radicales y populistas en países como Suecia, Italia, Francia, Hungría, Austria o Grecia. La crisis económica se llevó por delante la confianza en las élites y, sobre todo, en los argumentos técnicos. El hartazgo de los ciudadanos ante las explicaciones de la financiación de la deuda, la austeridad, los rescates, los tipos de interés, las primas de riesgo, etcétera, convirtieron a los tecnócratas en la aristocracia de la crisis. Finalmente, los ciudadanos han destronado esa visión apelando a la política

como fórmula de cambio y futuro. Prefieren reírse con el bufón que obedecer a la Corte. Es como si esas mareas de ciudadanos indignados hubiesen recogido el testigo de aquellos desesperados ciudadanos argentinos que en la cresta del *corralito* gritaban a sus políticos: ¡ya vemos la realidad, por favor, ahora hablemos de esperanza! Y allí, en 2001, no es que el mundo pareciese desplomarse, sino que, sencillamente, desapareció bajo sus pies.

Y es precisamente ahí, en ese vacío de esperanza y exceso de realidad, donde ha aparecido el gen populista. Cuando retroceden las ideologías avanzan los instintos y las pasiones y, como dice el filósofo Manuel Cruz, se corre el peligro de convertir el debate político en un conflicto de emociones. La historia ya nos ha dado buenos ejemplos de que ese es un camino espinoso con abruptos finales.

En cierto modo, la dilución de los conflictos de antaño, que mantenían la tensión y el interés en un debate ideológico cargado de intensidad, ha generado una desidia sobre los contenidos razonables de las propuestas políticas de hoy. Es precisamente ese vacío ideológico y el descontento con las instituciones y la política lo que marca el tono muscular de las democracias consolidadas con el auge de los partidos radicales, líderes populistas y nacionalistas de tendencias xenófobas. La *política de la emoción* de Cork, la *democracia de audiencia* de Manin, la *democracia sentimental* de Arias o el *hombre del postpensamiento* de Sartori retratan un tiempo de la política donde se mezclan dos ideas: la simplificación de las respuestas a problemas complejos y el rechazo a las élites asociadas a corrupción. Es la pospolítica, la era de la posverdad, donde reina la política sin razón basada únicamente en la pasión y en la emoción, desprovista de elementos críticos y racionales.

Peter Mair, en *Gobernando el vacío*, habla de la pérdida del relato, de la incapacidad de la política tradicional para generar impactos emocionales dirigidos al futuro y, en consecuencia, de provocar un mensaje esperanzador. En esta nostalgia de los grandes liderazgos es en la que incursionan el gen populista y las amenazas de la retórica vacía pero estimulante. Ante la crisis de la representación, derivada de una homogeneidad que hace que las formaciones clásicas sean indistinguibles entre sí, aparecen los grupos o personalidades *antiestablishment* que canalizan la ira social contra las élites gobernantes y crean el caldo de cultivo para una irrupción desestabilizadora. Es el populista: ese fenómeno que posee un liderazgo cautivador, formula eslóganes en vez de ideas, llena sus

discursos de una retórica épica e ilusionante y promete, asegura, la consecución de un futuro radiante. Vivimos, como dice Fernández Armesto, una época de ansiedad irracional, que ha llevado a la generación del *momento populista* del que habla Chantal Mouffe.

Y paradójicamente, junto a esa vuelta al romanticismo (pulsión, revolución, ruptura, emoción) frente al clasicismo (razón, orden, armonía) aparece una reafirmación del individuo a través de la Red, en su función más antidemocrática, como individuo que ha perdido sus referencias tradicionales y que encuentra salida en la afirmación de la individualidad mediante Internet. Es el nuevo hombre-masa de la celeberrima *sociedad líquida* de Bauman.

Estamos perdiendo las habilidades de cooperación necesarias para el funcionamiento de una sociedad compleja.

La paradoja de una sociedad tecnológica

En la última novela de David Trueba, *Blitz*, el protagonista hace la siguiente reflexión: “Dentro de sesenta años los móviles serán como el tabaco, tras ser popularizados y extendidos por el globo pasarán a ser perseguidos como una adicción dañina. Habrá juicios millonarios y clínicas de desintoxicación. Se ha confirmado que afecta a órganos vitales y que por eso, como la mayoría de los hombres lo guardan en los bolsillos cerca de los genitales, es por lo que cada vez nacen más niños con hiperactividad”. Es una invitación, un tanto irónica, a la reflexión sobre el impacto de las nuevas tecnologías en nuestras vidas y los efectos colaterales no tan positivos asociados a su avance: la ansiedad, frustración, soledad o incertidumbre que configuran varias de las patologías de la sociedad actual.

La modernidad tecnológica apenas se muestra problemática desde el punto de vista del progreso del conocimiento, de la técnica y la ciencia. En la medida que su uso está provocando una multiplicación exponencial de su utilidad y democratizando el conocimiento —salvo en los espacios de la bioexperimentación, donde sí se plantean dilemas éticos— hay un consenso sobre las bondades del avance tecnológico en los campos del saber.

Sin embargo, es ya un coro de voces bastante interesante el que afronta el tema del impacto de las nuevas tecnologías desde el punto de vista de sus efectos sobre el desarrollo individual y colectivo.

Desde la perspectiva individual, lejos, sin embargo, de plantear el mundo tecnológico como la célebre distopía del *Mundo feliz* de Aldus Huxley, sí que conviene establecer determinadas alertas sobre el impacto de la rapidez de los avances sobre nuestra capacidad individual de absorción. Así, por ejemplo, el que comienza a convertirse en uno de los filósofos de moda, Byung-Chul Han, nos explica en *La sociedad del cansancio* que el exceso de actividad y de potenciales posibilidades de la sociedad actual es la causa de las patologías modernas. Dice Byung-Chul Han: “Cada época tiene sus enfermedades emblemáticas, el comienzo del siglo XXI no tiene enfermedades virales ni bacteriales, sino neuronales: la depresión, la ansiedad, la frustración, la hiperactividad, el síndrome del desgaste ocupacional, definen el panorama en este principio de siglo”. Y es que, no nos engañemos, no se puede esperar menos de una sociedad que tiene como lema asfixiante *nada es imposible*.

Nicholas Carr, primero en *Superficiales*, y luego en *Atrapados*, ha venido advirtiendo, a su vez, de una progresiva reducción del espíritu crítico gracias a que la Red está achatando cada vez más el pensamiento y la capacidad de análisis. La multitarea, la dispersión y abundancia de información están generando una forma de pensar rápida y veloz que evade el análisis y la reflexión. Importa la inmediatez de la respuesta, cada vez menos la calidad y la profundidad de su análisis. Apresurados como estamos por el signo de los tiempos, la *ligereza*, como afirma Lipovetsky, ha llegado también al mundo de las convicciones y del pensamiento.

Nos está pasando un poco como a Ireneo, ese personaje inolvidable del cuento *Funes, el memorioso* incluido en las *Ficciones* de Borges, que había perdido la capacidad de olvidar, de depurar la información y, en consecuencia, carecía de *pensamiento*, sólo poseía infinitos detalles, datos y recuerdos sobre los que no podía reflexionar.

Existe ya una sólida teoría del decrecimiento tecnológico como forma de mantener la calidad de vida individual e institucional, en la medida en que este nuevo paradigma plantea esquemas novedosos de sociabilidad en la era donde la memoria digital desplaza al pensamiento y la Red a la experiencia personal.

“Vivimos en un momento paradójico (...), las increíbles potencialidades de mejora de las herramientas tecnológicas están produciendo en las sociedades modernas paro o sobreocupación, en vez de tiempo libre; los medios de comunicación de masas alienación, en vez de ilustración; las mejoras de estándares de vida ansiedad, en vez de sosiego

y tranquilidad”. Este entrecomillado procede de *Sociofobia*, de César Rendueles, que aun teniendo una visión crítica del ciberutopismo y del impacto negativo sobre el vínculo social de las sociedades —que fragmenta y no consolida— ofrece una perspectiva amplia sobre las nuevas dinámicas sociales asociadas a la tecnología y la Red. Un manual muy interesante de los siervos y señores en el mundo de Internet que desmonta determinados tópicos del ciberfetichismo y su conexión con la política. Se trata de una crítica donde se advierte de la obsesión por los *followers*, los *trending topics* y la búsqueda de los *likes* en la red como una patología frente a un mayor compromiso social y una regeneración del vínculo político. Rendueles no es el único: otros, como Alessandro Baricco, advierten que se está generando una cultura difusa de la verdad y una incapacidad gravísima para ver el sentido último de la sociabilidad.

En fin, parece que hay campo para reflexionar sobre los impactos en cada uno de nosotros, y en el conjunto de las nuevas tecnologías. Como en todos los cambios de paradigma, en este también hay *apocalípticos* que tratan de oponerse al deslumbramiento de la capacidad disruptiva de las nuevas tecnologías. Ven, en todo ello, un trasunto de neogobierno de chicos vestidos con jeans, zapatillas y camisetas de Gap que desde Silicon Valley pretenden hacer de la información, la transparencia y la estética *cool* una nueva forma de poder global. Y los *integrados* que ven en las nuevas tecnologías un nuevo sol bajo el que progresará la humanidad, se democratizará el saber y se difuminará el poder, haciéndonos a todos más libres, iguales y sabios.

Lo que sí parece estar claro es que hay una generación, la de los denominados *Millennials*, que ha convertido en una postal vintage a las generaciones X e Y, y está mucho más preparada que el resto para los nuevos cambios. No tanto por sus conocimientos y capacidad tecnológica, sino por los valores que incorporan. La *Generación X* quiso entender el mundo, la *Generación Y* cambiarlo, los *Millennials* sólo quieren vivirlo. Para sus miembros todo es liviano: las ideologías, las relaciones sociales, las convicciones, el amor, el sexo, etcétera. No creen en un porvenir radiante sino en vivir el hoy intenso, consumen artilugios tecnológicos y viven narcotizados ante diminutas pantallas donde proyectan cierto narcisismo, no sacralizan el compromiso y sienten la vida como si flotasen sobre nenúfares de wifi. Una generación mucho más preparada para vivir en un *mundo líquido*, qué duda cabe.

El siglo de la desigualdad

Un chiste: cuentan que cuando un caudillo se acercó a visitar un colegio público, en una zona marginal de una ciudad y un país paupérrimos, al ver escuálidos a los alumnos le preguntó a su profesor: “Pero, ¿por qué están tan delgados?”, a lo que el profesor le respondió: “Señor, es que no comen”. Entonces, el mandamás se acercó a un niño y acariciando su cabeza le dijo “Ais, Ais, hay que comer más, ¿eh?”.

En mayor o menor medida, el gran debate de estos años tanto a nivel nacional —crisis del Estado de Bienestar—, como a nivel europeo —austeridad versus crecimiento— e internacional —Objetivos de Desarrollo Sostenible— gira en torno a la desigualdad presente y las oportunidades futuras, salvo que, como en el chiste anterior, la realidad no se quiera ver.

Aunque hay una cada vez mayor extensión de la franja de las clases medias en el mundo, se ha intensificado de manera alarmante la diferencia entre la extrema riqueza y la extrema pobreza. Cualquiera puede acudir a los Objetivos de Desarrollo Sostenible para acumular datos, como el Coeficiente de Gini, que demuestran el incremento de la desigualdad entre países y, sobre todo, *dentro* de esos países, pero bastan solamente estos dos para zanjar cualquier discusión: en el mundo el 1% de la población posee el 50% de la riqueza mundial, y más de 2.000 millones de personas son pobres.

Los niveles de inequidad, producto de la intensificación de las tendencias extractivas de rentas y la incapacidad redistributiva de los Estados, tal como afirman tanto Oxfam en su último informe como el Nobel Stiglitz en su último libro, provocan debates sobre su sostenibilidad ética y sobre sus efectos institucionales.

En efecto, el tema de la desigualdad, que catapultó a la primera línea del debate el economista francés Piketty con un grueso volumen de 800 páginas de modelos econométricos y tablas estadísticas, es el asunto clave en la agenda internacional.

Su obra *El capital en el siglo XXI* viene a explicar que durante los últimos 20 años se ha producido una especial brecha entre los que más tienen y los que menos, es decir, ha aumentado la desigualdad. Para explicarlo demuestra, con datos, que las rentas de capital —de unos pocos— han crecido y crecen por encima del crecimiento de la economía en su conjunto —de todos— con lo que se intensifica peligrosamente la desigualdad en el seno de las sociedades. Lo que no es incompatible, según otros y aunque lo parezca, con que las desigualdades a nivel global se hayan reducido.

Más allá de principios abstractos de justicia social —ya decía Adam Smith que la miseria de las sociedades no se mide por el número de pobres sino por la manera en que éstas tratan a estos últimos—, es necesario redistribuir mejor, porque la desigualdad es un obstáculo para el desarrollo de los países y las sociedades, y no sólo un principio ético. Es decir, la desigualdad no es solamente mala desde el punto de vista social, sino que lo es, también, desde el punto de vista institucional, en la medida en que limita las potencialidades del desarrollo de los países.

Así, la desigualdad es corrosiva socialmente porque genera fracturas en la capacidad cohesiva de la sociedad, produce frustraciones, aumenta la criminalidad, el descontento, el radicalismo, etcétera. En fin, lo que se conocen como las enfermedades de la posmodernidad.

Pero lo es también institucionalmente porque como fruto de políticas extractivas —conviene leer *Por qué fracasan los países* de Daron Acemoglu y James Robinson— la desigualdad altera las reglas de la competencia, frena la innovación y consolida el poder de unas élites que viven adormecidas sobre un *status quo* al que no se accede por el mérito y la capacidad, sino desde la cuna o el acceso privilegiado.

En este sentido, Wilkinson y Picket han demostrado que ya hay suficiente evidencia empírica para afirmar que lo que hace que una sociedad sea mejor que otra no es su nivel de riqueza sino de igualdad. Las sociedades pobres, pero cuya riqueza está equitativamente repartida, presentan problemas sociales equivalentes a los de sociedades ricas e igualitarias, y viceversa. En resumen: los beneficios de la equidad y las externalidades negativas de la desigualdad son compartidos por la población.

Para acabar con el tema de la desigualdad, no podemos dejar de mencionar a Richard Sennett, el sociólogo que mejor ha sabido desmenuzar la madeja de los males de las sociedades contemporáneas. En *La corrosión del carácter* y *El artesano* alertaba de la capacidad del mercado incontrolado para desarmar el caparazón de la cohesión social y la necesidad de articular medidas públicas —nacionales y globales— de cauterización de las heridas sociales y de impulso de las iniciativas individuales que giran en torno a la sociabilidad. En *Juntos* apunta las cinco modalidades de interacción social —altruismo, solidaridad, reciprocidad, parasitismo y depredación— y señala que en función de cómo se mueva una sociedad en ese eje se verá su capacidad de coordinarse para cooperar y cohesionarse o, en caso contrario, para competir y fragmentarse. Los sociólogos son como entomólogos de la sociedad, pero cada

vez funcionan más como médicos de urgencia diagnosticando las fracturas de los tejidos y las membranas sociales, y poniendo el foco sobre las asimetrías que crea el progreso en materia de acceso, conocimiento y prosperidad, y los desafíos que plantea la desigualdad como paradoja del progreso global.

También esto pasará

“Educados en el silencio, la tranquilidad y la austeridad,
de repente se nos arroja al mundo;
cien mil olas nos envuelven,
todo nos seduce, muchas cosas nos atraen,
otras muchas cosas nos enojan, y de hora en hora
titubea un ligero sentimiento de inquietud;
sentimos, y lo que sentimos
lo enjuaga la abigarrada confusión del mundo”.

Con esta cita de un poema de Goethe comienza Stefan Zweig sus memorias tituladas *El mundo de ayer*. Un libro delicioso e inquietante a la vez, que reproduce el periodo de esplendor de entreguerras y relata con asombro la incapacidad que tuvieron entonces, anestesiados por la prosperidad general de la época, para ver las fisuras que se estaban gestando en los cimientos de la sociedad en la que vivían. La aparente prosperidad y confianza colectivas anularon la capacidad de análisis crítico individual, que, llevada por la marea general, impidió poner remedio al fatal desenlace. “Pero quien vivió esa época de confianza en el mundo sabe que desde entonces todo ha sido retroceso y desolación”, escribía Zweig, despojado ya de sus raíces y con sus sueños y esperanzas evaporados.

Los avances del mundo no se hacen sobre el olvido de los errores sino con plena consciencia de sus causas. Nunca el ser humano ha estado tan cerca de poder mejorar las condiciones de habitabilidad del planeta, jamás ha tenido tanta capacidad para mejorar las condiciones de vida individual y colectiva, en ningún momento se ha tenido tanta información a disposición del progreso en todos los campos del saber, pero de nada sirve todo eso si no se va haciendo un análisis —o evaluación, como se dice ahora— de los pasos equivocados para corregir el rumbo.

Hay una cierta tendencia a la autocomplacencia, una actitud que se ha instalado en el imaginario colectivo y que niega cualquier retroceso

en esta era del avance continuo. Es como si generar dudas o plantear interrogantes sobre algunos aspectos de la visión general de un horizonte mejor fuese lo mismo que reducir a cenizas todos los peldaños subidos. Reconocer los indudables avances del mundo en las últimas décadas es una satisfacción innegable, hacerlo teniendo en cuenta los errores y fracasos una tarea necesaria. En definitiva, como en el poema de Yeats, “hace falta más valor para examinar las esquinas oscuras de la propia alma que el de un soldado en el campo de batalla”. ♦